

# EL MUNDO

BUENOS AIRES

## Teatros

### Con una Obra de Pirandello se Despidió el Elenco Italiano

Por Dora Lima

CON la presentación de "El hombre, la bestia y a virtud", de Pirandello, la compañía del Teatro Estable de la ciudad de Turín, puso término a su ponderable labor ofrecida en el teatro Odeón. Pocas veces un elenco extranjero ha dejado tan honda impresión, a través de espectáculos que le sirviera de motivación para componer un repertorio que abarca desde los tiempos del Imperio hasta los días del presente. "El sentimiento popular en el teatro italiano". Resulta notoriamente claro y ejemplarizador el nexo mencionado para comprender el substratum de las piezas elegidas y ubicarlas dentro de su ambiente y de su significación, y nos explica a su vez el aspecto formal con que fueron revestidas. Todas ellas se presentaron vivas y humanas, encarnadas, díjamos mejor. Tuvieron en el público la comprensión directa que va del sentimiento del personaje, hecho vivo, al sentimiento del espectador que no puede menos de conmovirse, puesto que el espectáculo lo ha subyugado al punto de que no deja de creer en la realidad de tales sentimientos.

En la obra de Pirandello el trabajo escénico nos presenta, no una pieza literaria almidonada con el duro acartonamiento del clásico, sino una imagen pintoresca y angustiosamente viva de un conflicto humano, tan humano que alcanza los límites inverosímiles de lo grotesco. Este género creado por Pirandello y que ubica a los conflictos cotidianos en los extremos en que lo sentimental pisa la esfera del intelecto, dejando la situaciones de la comedia y escapando al drama, para sorprendernos con el terrible desencadenamiento del desenlace trágico, que no proviene sino de la imposibilidad de todo desenlace, nos sitúa en una zona difícil. Es la zona en que los sentimientos, en que los personajes que estamos acostumbrados a ver a cada paso, cobran singular trascendencia. Lo común se convierte en objeto de filosofía. El hombre ordinario desbroza su carozo de eternidad. Tal el misterio del teatro pirandelliano. Y es menester, con tal digresión, poner bien en claro la importancia del punto de vista con que el director Ernesto Cortese sostuvo su versión. Nunca hubiéramos visto una expresión tan concreta y veraz de una obra clásica. Es tan real, tan vivamente local y presente, esa circunstancia familiar ocurrida en un pueblecillo cualquiera de la costa italiana, que el espectador argentino se identifica de inmediato y en forma casi sentimental, no con la urdimbre externa de la confabulación, sino con el corazón de la peripecia metafísica que cruje en el alma de estos pobres seres temporales, pero que están destinados a repetirse por la ternidad en otras caras y en otros tiempos. Al marcar Cortese esa interpretación tan realista, ha encontrado el modo más convincente, y menos falsamente intelectual, de vestir el problema realmente intelectual que padecía Pirandello. El profesor Paolino de Renzo Giampietro, fue desmenuzado por este actor hasta sus últimas consecuencias, ofreciéndolo en los más admirables matices psicológicos. Su trabajo en esta obra se puede calificar como la mejor de sus interpretaciones, aun a riesgo de controversia, puesto que sus numerosas presentaciones en las dos giras que realizó a nuestro país lo muestran como un actor muy completo, pese a su auténtica juventud. Filippo Scelzo, en el capitán Perella, revistió a la tipificación de la bestia con una interpretación tan inteligente como comunicativa. Edda Albertini, en la virtuosa señora Perella, confirió a este papel las calidades del pudor sobresaltado. Ana Maria Cini, en la gobernante del profesor Paolino, se muestra notablemente dúctil en mérito a la correcta composición lograda. Ivana Erbetta compuso el papel de un niño de once años con una maravillosa ingenuidad, consiguiendo una acabada realización. Gianni Mantesi presta tal verismo al personaje del doctor Pulejo, que resulta extremadamente convincente. Gastone Bartolucci, que protagonizó el Miles Gloriosus de Plauto, hace aquí un papel en el que debe decir muy pocas palabras, mostrando un alto ejemplo de conducta y los verdaderos móviles artísticos que animan al elenco que nos visitó. Giulio Oppi, Alessandro Esposito, Franco Passatore y Gina Sammarco contribuyen con su correcta labor al equilibrio del espectáculo. Los decorados y el vestuario de Eugenio Guglielminetti lucen las galas a que nos acostumbró en sus anteriores presentaciones.